

Renuncio a las faltas de fe, de esperanza y de caridad
Renuncio a todo aquello que no es de Dios
Renuncio a ...

RENUNCIAMOS, SEÑOR.
RENUNCIAMOS, SEÑOR.
RENUNCIAMOS, SEÑOR.

(expreso situaciones concretas que vivo o veo en mi entorno)

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad; todo mi haber y mi poseer. Vos me disteis, a Vos, Señor, lo torno. Todo es Vuestro: disponed de ello según Vuestra Voluntad. Dadme Vuestro Amor y Gracia, que éstas me bastan. Amén. (San Ignacio de Loyola)

6. Canto eucarístico y bendición

Canto eucarístico: NO ADORÉIS A NADIE

No adoréis a nadie, a nadie más que a Él (2)

No adoréis a nadie, a nadie más (2)

No adoréis a nadie, a nadie más que a Él.

No pongáis los ojos en nadie más que en Él (2)

No pongáis los ojos en nadie más (2)

No pongáis los ojos en nadie más que en Él.

No alabéis a nadie, a nadie más que a Él (2)

No alabéis a nadie, a nadie más (2)

No alabéis a nadie, a nadie más que a Él.

Porque sólo Él os puede sostener (2)

No adoréis a nadie, a nadie más,

No pongáis los ojos en nadie más,

No alabéis a nadie, a nadie más que a Él.

Bendito sea Dios.

Bendito sea su Santo Nombre.

Bendito sea Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre.

Bendito sea el Nombre de Jesús.

Bendito sea su Sacratísimo Corazón.

Bendita sea su Preciosísima Sangre.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.

Bendita sea la excelsa Madre de Dios María Santísima.

Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.

Bendita sea su gloriosa Asunción.

Bendito sea el nombre de María Virgen y Madre.

Bendito sea San José su castísimo esposo.

Bendito sea Dios en sus Angeles y en sus Santos.

7. Canto a María



VENID A ADORARLE

Febrero 2012

ADORACIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Quien pierde su vida por mí la encontrará

Proponemos oraciones, cantos y lectura para la Adoración.

Son oraciones cortas, más que para ser leídas, para ser dichas con el corazón. De ahí que puedan surgir espontáneamente otras invocaciones a partir de las que se proponen.

Las canciones, si no se conocen o no pueden cantarse, pueden ser recitadas.

El que dirige la oración lleva el ritmo e introduce los silencios necesarios.

1. Exposición del Santísimo

Canto eucarístico: MAJESTAD

Majestad, adora a su Majestad.

A Jesús sea honra, gloria y poder.

*Majestad, reino y autoridad, luz y esplendor,
manda a su pueblo. A Él cantad.*

¡Aclamad y proclamad el nombre de Cristo!

¡Magnificad, glorificad a Cristo, el Rey!

Majestad, adora a su Majestad.

¡Cristo murió, resucitó y de reyes es Rey!

Señor, contemplándote en el Santísimo Sacramento quiero adorarte, bendecirte, alabarte; reconocerte como mi único Dios y Señor. Reconocer tu Majestad y tu gloria y que sólo tu gracia me hace digno de estar en tu presencia. Sabiéndome pobre criatura me postro ante ti, Rey de reyes y Señor de señores.

2. Invocación al Espíritu Santo

Canto: Envía Señor tu, Espíritu

Envíanos, Señor, tu luz y tu calor,

que alumbre nuestros pasos,

que encienda nuestro amor.

*Envíanos tu Espíritu y un rayo de tu luz
encienda nuestras vidas en llamas de virtud.*

*Envíanos, Señor, tu fuerza y tu valor,
que libre nuestros miedos,
que anime nuestro ardor;
envíanos tu Espíritu, impulso creador,
que infunda en nuestras vidas la fuerza de su amor.*

*Envíanos, Señor, la luz de tu verdad
que alumbre tantas sombras
de nuestro caminar;
envíanos tu Espíritu, su don renovador,
engendre nuevos hombres con nuevo corazón.*

Secuencia

Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos. Mira el vacío del hombre,	si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado, cuando no envías tu aliento.
--	--

2. Oración

Oh Espíritu de Dios, envíanos tu luz, tu aliento; enséñanos a orar como Jesús, a amar como Él. Entra en nuestros corazones y ayúdanos a vencer las tentaciones y a rechazar el pecado para que podamos alcanzar la verdadera riqueza, la verdadera alegría.

3. Primera Lectura Mc 8, 34ss

En aquel tiempo, Jesús llamó a la gente y a sus discípulos y les dijo: “El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el evangelio, la salvará. Pues, ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida? ¿O qué podrá uno para recobrarla? Quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta época descreída y malvada, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga con la gloria de su Padre entre sus santos ángeles”.

Canto de Adviento: Adeste Fideles

*Quien pierde su vida por mí, la encontrará, la encontrará, la encontrará.
Quien deja su padre por mí, su madre por mí, me encontrará, me encontrará
NO TENGAS MIEDO, NO TENGAS MIEDO YO ESTOY AQUÍ, YO ESTOY AQUÍ,
Quien deja su tierra por mí, sus bienes por mí, sus hijos por mí me encontrará
NO TENGAS MIEDO, YO CONOZCO A QUIENES ELEGÍ, A QUIENES ELEGÍ.
Quien pierde su vida por mí, la encontrará, la encontrará, la encontrará*

4. Segunda lectura

LA CRUZ, ¿HOY?

Juan Pablo II, 14 de febrero de 2001

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. Estas palabras expresan la radicalidad de una elección que no admite rémoras ni vacilaciones. Es una exigencia dura, que ha impresionado a los propios discípulos y que, a lo largo de los siglos, ha retenido a muchos hombres y a muchas mujeres a la hora de seguir a Cristo. Pero precisamente esta misma radicalidad ha producido también frutos admirables de santidad y martirio, que refuerzan en el tiempo el camino de la Iglesia. Todavía hoy estas palabras suenan a escándalo y locura (cfr. 1 Co 1, 22 – 25)...

Jesús camina delante de los suyos y les pide a todos que hagan lo que Él mismo ha hecho. Dice: Yo no he venido para que me sirvan sino para servir; el que quiera ser como yo, que sea siervo de todos. Yo he llegado a vosotros como alguien que no posee nada; así puedo pedirlos que abandonéis todo tipo de riquezas que os impida entrar en el Reino de los Cielos...

Negarse a sí mismo significa renunciar a nuestros propios proyectos, con frecuencia limitados y mezquinos, para acoger el proyecto de Dios: Este es el camino de la conversión, indispensable para la existencia cristiana, que ha llevado al apóstol Pablo a afirmar: “Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí...” (Ga 2,20)

Jesús no nos pide que renunciemos a la vida, sino que acojamos una novedad y una plenitud vitales que sólo Él puede darnos... El que sigue a Cristo rechaza pensar en sí mismo y no valora las cosas a tenor de sus propios intereses. Entiende la vida en términos de don y gratuidad, no de conquista y posesión. La verdadera vida, de hecho, se expresa a través de la entrega de uno mismo, fruto de la gracia de Cristo.

5. Oración de renuncia:

Señor, como los magos también yo me acerco hoy a Belén.

Renuncio a Satanás	RENUNCIAMOS, SEÑOR.
Renuncio al pecado, como negación de Dios	RENUNCIAMOS, SEÑOR.
Renuncio al mal, como signo del pecado en el mundo	RENUNCIAMOS, SEÑOR.
Renuncio al error, como ofuscación de la verdad	RENUNCIAMOS, SEÑOR.
Renuncio a la violencia, como contraria a la caridad	RENUNCIAMOS, SEÑOR.
Renuncio al egoísmo, como falta de testimonio del amor	RENUNCIAMOS, SEÑOR.
Renuncio a la envidia y al odio	RENUNCIAMOS, SEÑOR.
Renuncio a la pereza e indiferencia	RENUNCIAMOS, SEÑOR.
Renuncio a la cobardía	RENUNCIAMOS, SEÑOR.
Renuncio a los complejos	RENUNCIAMOS, SEÑOR.
Renuncio a la tristeza y a la desconfianza	RENUNCIAMOS, SEÑOR.
Renuncio a las injusticias y favoritismos	RENUNCIAMOS, SEÑOR.
Renuncio al materialismo y la sensualidad	RENUNCIAMOS, SEÑOR.